

A person wearing a white uniform and a white cap is seated on a ferry, looking out at the Statue of Liberty. The ferry is moving across the water, and the Statue of Liberty is visible in the distance. The scene is captured from inside the ferry, looking out through the windows. The person is sitting on a blue seat, and the ferry's interior is visible. The water is blue, and the sky is clear with some clouds. The Statue of Liberty is a prominent feature in the background, standing on a small island. The overall atmosphere is peaceful and scenic.

PENÍNSULA

Diccionario de Nueva York

Alfonso Armada

Diccionario de Nueva York

Alfonso Armada

© Alfonso Armada, 2010

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47. Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Primera edición: febrero de 2010

Primera edición en esta presentación: octubre de 2025

Texto original de Patti Smith incluido en el prólogo a la tercera edición:

© *Éramos unos niños*, Penguin Random House, 2010

© de la traducción, Rosa Pérez Pérez, 2010

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2025

Ediciones Península,

Diagonal 662-664

08034 Barcelona

edicionespeninsula@planeta.es

www.edicionespeninsula.com

REALIZACIÓN PLANETA - fotocomposición

Impresión y encuadernación:

Depósito legal: B. 16.420-2025

ISBN: 978-84-11100-420-6

Printed in Spain - Impreso en España



ÍNDICE

Prólogo a la nueva edición	XI
Prólogo a la segunda edición	XVII
PRIMERA PARTE: VISIÓN DE UN CIEGO	11
SEGUNDA PARTE: TOPOGRAFÍAS	23
TERCERA PARTE: CINCO CRÓNICAS	305
El fin del mundo en directo	307
Arte en tiempos de penumbra	319
El abismo del futuro	333
El misterio del tren A(zul)	341
Expresionismo para un mundo despedazado	357
Coda: El vacío del futuro	363
Bibliografía	369
Índice onomástico	387

(La conversación transcurre junto a los ventanales del restaurante de las Naciones Unidas sobre el East River, mientras cae la tarde, el agua se vuelve primero malva, luego morada, finalmente cobalto, y se encienden las luces de los puentes y reclamamos luminosos como el de Pepsi-Cola, en Long Island City, la orilla de Queens. Lo que queda son sólo las palabras de Mahjoub Boulhaj, marroquí, ciego desde los diez años y miembro del servicio de traducción de la ONU. Me había cruzado varias veces con él a la entrada del palacio de vidrio. Si todas las ciudades son una declaración visual, una realidad física que se impone antes que nada como un accidente para los ojos, qué pensar de una ciudad trazada con ciclópeos golpes de hacha como Nueva York en la mente de quien no ve, sobre todo después de haber sufrido una brutal e instantánea desfiguración.) Nací en Marrakech en 1967. Perdí la vista cuando tenía casi diez años jugando con unos amigos junto a la casa que mis padres tenían en la montaña, cerca de Agadir, adonde habíamos ido a pasar las vacaciones de fin de año. Me empujaron y caí en una charca de lluvia estancada. Creo que fue allí, en aquellas aguas hediondas, donde cogí la ceguera de río. Al principio mis padres pensaron que se trataba de un fuerte resfriado, con mucha fiebre. Me dieron el tratamiento habitual sin darse cuenta de que se trataba de algo más grave hasta que entré en coma. Entonces me llevaron a otro médico, que fue incapaz de diagnosticar el verdadero mal e insistió en tratarme con antibióticos. Como no mejoraba, me llevaron finalmente a un especialista en Marrakech. Ya era demasiado tarde para corregir el daño que habían sufrido los ojos, pero llegamos a tiempo de impedir que el germen se

adentrara en el cerebro. Me hubiera convertido en un completo inválido. Fui perdiendo visión de forma paulatina. Cuando cumplí los once años estaba completamente ciego. Mi familia, que es de clase media, me dio toda la ayuda que pudo, pero sin hacerme sentir que no servía para nada, sin empeñarse en protegerme más de la cuenta. Me proporcionaron seguridad en mí mismo y medios para valerme. En Marruecos la actitud general hacia minusválías como la mía es mucho más comprensiva que en Estados Unidos. Ingresé en un colegio para ciegos de Marrakech y después de aprender braille regresé a una escuela normal. Es al terminar el bachillerato cuando los caminos para un ciego se estrechan en mi país. Desde pequeño quería dedicarme a las ciencias. Siempre había sido bueno en física y matemáticas. Aunque hubiera querido convertirme en matemático, las universidades marroquíes no están equipadas para atender a quienes tienen carencias visuales, y por eso, ya que hablaba bereber y árabe y aprendí francés desde muy pronto, y sentía fascinación por los idiomas, decidí estudiar inglés. Desde Marrakech establecí contacto con estudiantes estadounidenses y, tras graduarme en Filología Inglesa, pedí una beca Fulbright y en 1994 me matriculé en la Universidad de Arkansas, donde estudié Traducción. Pero sin un coche allí no puedes hacer nada. El transporte público es escaso y a partir de las seis de la tarde dejaba de funcionar en el campus. Aunque logré hacerme con una red de amigos para moverme, dependía demasiado de otros para mi vida cotidiana. Procedo de una sociedad en la que no resulta complicado para un ciego integrarse y salir adelante, mientras que aquí a la gente le da reparo dirigirse a ti, no saben cómo te sientes y tienen miedo de ofenderte. He conocido a muchos ciegos en Estados Unidos que han dejado sus estudios y han dejado de luchar por esa mezcla de sobreprotección y prejuicios. A muchos les resultaba desconcertante que un ciego como yo hubiera venido desde Marruecos para vivir y trabajar aquí; decían que hacía falta «demasiado coraje, demasiado valor», cuando yo creo que se

trata tan sólo de voluntad. Ser ciego sin preparación para desenvolverte y sin habilidades es una miseria, aquí como en cualquier otra parte. Es como cuando padeces daltonismo o eres zurdo. La vida está pensada para diestros y para gente que ve, los considerados *normales*. Tienes que adaptarte a esas circunstancias y sacarle el mejor partido posible. Tras nueve meses en Princeton, donde estudié Leyes, comprobé que, para el caso, Nueva Jersey era como Arkansas, un estado para conductores. Por eso decidí mudarme a Nueva York. Vivo con un hermano en Kew Gardens, en el barrio de Queens. Si eres ciego y sales a la calle y te pierdes, especialmente de noche, no tienes a nadie a quien preguntar. En Nueva York, día y noche, donde quiera que vayas, siempre hay gente alrededor, y dispones siempre de transporte público. Eso le proporciona a un ciego una gran sensación de independencia, de que puede valerse por sí mismo. No tienes que llamar a nadie para que te lleve. No me gusta depender de los demás. Hay sitios a los que quieres ir y no te interesa que nadie sepa que vas allí, porque se trata de tu vida privada. Aquí puedes ir donde quieras a cualquier hora, hay medios de transporte y gente a la que abordar veinticuatro horas al día. En este lugar, y quizá porque Nueva York atrae a gentes de todas partes, antes de que solicites ayuda ya hay alguien dispuesto a echarte una mano. No he notado el menor cambio después del 11 de septiembre. Mi percepción de la ciudad es la misma y si ha habido alguna alteración creo que se debe a la zapa de los medios de comunicación: su insistencia en que el mundo ha cambiado, en que la gente ha cambiado, ha acabado por hacer que la gente y el mundo cambien. Los días inmediatos al incidente no salí de mi apartamento a causa de lo que oía, por el temor del que se hablaba sin cesar, de la posibilidad de que hubiera nuevos ataques. No puedo decir que tuviera exactamente miedo, pero sí que me sentía algo más preocupado. Cuando tres días más tarde volví a salir a la calle sentí que había algo inusual en la atmósfera, una sobrecarga de tensión; los metros y autobuses no circulaban

como siempre, se podía palpar algo extraño en el aire. Desde mi experiencia personal, me pareció que los individuos, uno por uno, no habían cambiado, pero sí el comportamiento del grupo, y también, al cabo de algún tiempo, me di cuenta de que mis temores habían sido atizados por los *mass media*, una presión en cierto sentido artificial: eran ellos lo que me hacían sentirme inseguro y no la forma en que la gente había resultado directamente afectada. Como musulmán puedo decir que no recibí ningún tipo de menosprecio por parte de ningún neoyorquino o de la policía (*Mahjoub viste un impecable traje gris, camisa y corbata. Fiándose de nuestro aquilatado repertorio de prejuicios sería difícil asignarle una nacionalidad determinada; marroquí, por ejemplo*), pero sí sé de personas de origen musulmán que han sido maltratadas, en especial los que son automáticamente reconocidos como musulmanes —aunque no lo sean—, y sobre todo las mujeres, por el código relativo a su vestuario, como los velos. Los que me conocen me han seguido tratando igual que siempre, sin que les afectara en absoluto la descripción que los medios hacían de los musulmanes. No puedes tratar a todo un grupo por la forma de actuar de uno o varios de sus miembros. (*Cuando en medio de Sobre héroes y tumbas, la turbadora novela de Ernesto Sábato, descubrí su «Informe sobre ciegos», me pasé años contemplando a los invidentes como si formaran parte de una sociedad secreta internacional, como si su carencia les proporcionara una vía de conocimiento de la que los que creemos ver estamos excluidos y constituyeran una vasta conspiración. Quien pierde la vista después de haber disfrutado del sentido rey ha de encontrar una nueva forma de vida, un nuevo orden para su mundo puesto que la vieja república visual ha quedado destruida: casi una metáfora que trasladar a las miopías e hipermetropías del universo político contemporáneo.*) Tengo una forma de visualizar las cosas dentro de mi cabeza. Sé como debería lucir, pero es una imagen absolutamente personal. Porque he sido ciego durante más de veinte años los colores no significan nada para mí, aunque sí sé qué colores combinan porque tienen un papel

que representar con respecto a la vida que llevo, por ejemplo respecto a la vestimenta. Para quien es ciego de nacimiento los colores no quieren decir nada, no tienen siquiera esa noción. Pero aprender cómo se combinan los colores es un proceso. En mi caso no tengo ninguna preferencia, pero sí sé que algunos colores son mucho más útiles que otros para enmascarar o disimular manchas, sin que tengan nada que ver con gustos. *(El diario The New York Times publicó el 21 de febrero de 2002 una fotografía de Eddie Montanez, que es ciego, caminando el 11 de septiembre del año anterior por la calle William, cerca de las Torres Gemelas, sumido en una nube de polvo, con su bastón de ciego, una botella de agua y un pañuelo o mascarilla. La imagen fue tomada por Vincent J. Scudiero. Montanez, de cuarenta años, es ciego desde los trece, y trabajaba en el Centro Mundial de Comercio. Acudía al trabajo todos los días desde Hoboken, donde nació Frank Sinatra, en la otra orilla del Hudson, a través del PATH, el ferrocarril subterráneo que pasa bajo las aguas del río. Aquel día tuvo que aprender a orientarse por un laberinto doblemente ciego: las referencias cotidianas habían sido borradas súbitamente: como los cangilones de aire y sonido que vertía constantemente a la calle la puerta giratoria de la librería Borders, en la esquina entre Church y Vesey. De repente, relata Jim Dwyer en el Times, signos como ése, o los olores de un restaurante griego o de una sucursal de la cadena de droguerías Duane Reade en la calle Church, habían desaparecido o se habían vuelto «ilegibles» o, como señala Nicole F. Feist, miembro de Vision, una organización no lucrativa que enseña a ciegos a moverse por la ciudad: «La gente tenía en sus cabezas mapas increíblemente detallados de la ciudad de Nueva York, y todo eso se había hundido. Ésta es la mejor ciudad del país para los ciegos. Ha sido construida en una cuadrícula organizada para peatones. Y hay toneladas de transporte público».)* Vine a las Naciones Unidas a trabajar, siempre en el servicio de traducción. Traduzco documentos, material escrito. Tengo una computadora que me permite hacer mi tarea con un programa de reconocimiento de voz (y enseña su pequeño artificio, que parece formar parte del ajuar

de un espía, o de un desentrañador de mensajes cifrados), un pequeño ordenador que funciona como un organizador personal donde puedes apuntar teléfonos, direcciones y citas, calculadora (*con teclas de braille*), te permite leer lo que escribes, o lo que está en la pantalla a través de braille, y *ver* cada línea escrita en la pantalla. A causa de la ceguera no es que haya desarrollado más otros sentidos, sino que —como Darwin destacó en su teoría de la evolución, aunque es una faceta de la que apenas se habla, al cifrarla en el hecho de que el hombre desciende del mono— hay aspectos sustanciales como la adaptación en general y la adaptación sensorial en particular. Cuando una persona pierde un sentido los otros se ponen de acuerdo para compensar la pérdida, de ahí que en un ciego los sentidos del tacto o del oído no es que sean más finos, sino que trabajan mejor, de forma mucho más precisa, porque los necesita más que los que cuentan con la vista para interpretar el mundo. Fisiológicamente no es que esos otros sentidos sean más agudos que los de alguien que ve, pero funcionan a pleno rendimiento y probablemente mejor. El olfato y el gusto combinan al máximo sus capacidades para cubrir la carencia del ojo, del mismo modo que alguien que ha sido sordo toda su vida puede leer en tus labios lo que estás diciendo. Es una forma de compensación. Cuando no ves, empleas tus otros sentidos para configurar en tu mente una impresión de la persona que tienes delante, de la misma manera que hacen los que ven. Un ciego no se hace una imagen del otro a primera vista, a partir de la apariencia, sino que a la hora de fabricar esa *imagen* emplea otra serie de recursos y fuentes de conocimiento, como la voz, el sonido, la forma de hablar. La vista es un sentido muy cómodo, puesto que te permite hacerte una composición inmediata del que tienes delante, pero por eso mismo es un sentido que incita a la pereza: actúa como una especie de pequeño dictador y a menudo te inclina a hacerte confiar demasiado en su poder para conocer a otros. Cuando dispones de un automóvil sueles caminar mucho menos y te preguntas cómo es

posible que la gente pueda recorrer a pie largas distancias. Se trata de una tendencia humana natural. A partir de la voz trato de hacerme la composición del otro, además de otros factores que no puedo explicar, pero puedo también deducir si eres más o menos alto que yo cuando te sitúas frente a mí por la dirección de la voz y el ángulo del sonido. (*Después de más de una hora hablando, y mientras la luz acaba de descomponerse sobre el río, sentado frente a Mahjoub empiezo a considerar qué sabe de mí, qué imagen se ha formado sin verme.*) Después de casi cuatro años en Nueva York mi idea de ella es que es más víctima de los *mass media* que ninguna otra ciudad del mundo. La única idea que mucha gente tiene de Nueva York se la ha formado a partir de lo que ha oído o visto acerca de ella. A muchos no les gusta a pesar de que nunca han puesto los pies aquí, tan sólo por lo que les han dicho o han oído. Cuando fui admitido en la Universidad de Columbia todos los estadounidenses que conocía, incluidos mis amigos, me advirtieron de que no viniera. En cierto sentido eso hizo que llegara bien prevenido. Nueva York no es una ciudad fácil para un estudiante. Estados Unidos no es un país homogéneo, y Nueva York es una ciudad diferente del resto. Cuando estuve en Arkansas me di cuenta de que era un estado muy provinciano, agrícola, sureño, una sociedad muy cerrada; me ayudó a comprender mejor lo que ellos llaman «el corazón de América», «la verdadera América», que por otra parte también es un mito. Aquí puedes tener largas conversaciones, y sólo al final te preguntan, y no siempre, de dónde eres, mientras que en el sur lo primero que hacen nada más iniciar una conversación es interrogarte por tu origen y por tu religión. El respeto de los neoyorquinos por los extranjeros hace de esta ciudad un lugar muy amigable. Pese a los vaticinios de que iba a sufrir mucho aquí puedo decir que estaban completamente equivocados. Como cuando me decían que aquí se liaban a tiros a la mínima. Jamás he experimentado ningún incidente de ese tipo, aunque sé que a veces ocurren. En proporción al número de habitantes, el por-

centaje de crímenes es muy reducido. No puedo sentir el volumen de los edificios ni el *skyline* de Manhattan, pero sí puedo de alguna forma *visualizar* el conjunto gracias a lo que he oído o leído acerca de ella. Siento que es distinta de otras ciudades, porque los edificios la hacen distinta: tiene que ver con su estructura, con la forma en que están trazadas las calles, la famosa parrilla: las avenidas corren en un sentido, las calles en otro. Es evidente que planificaron Nueva York pensando en los ciegos, está claro que es una ciudad fácil de *leer* para alguien como yo, fácil de interpretar: el norte (*uptown*) y el sur (*downtown*), el East River y el Hudson, así como también la numeración de las calles. En ese sentido es una ciudad que se puede calificar de acogedora para alguien que no ve. Pero al mismo tiempo, Manhattan me hace sentirme encerrado, me parece claustrofóbica, y no tanto porque se trate de una isla, sino porque por razones económicas los apartamentos son demasiado pequeños. Imagino que esa sensación tiene que ver con mi origen, con el lugar de donde vengo. Si hubiera nacido aquí tal vez no tendría esa percepción, pero la verdad es que procedo de un país donde las casas son grandes, tenemos el lujo del espacio, con un patio a cielo abierto en el centro de la casa y grandes habitaciones en torno a éste. Cuando vivía en Manhattan no me sentía a gusto: el agobio que sentía a causa de las dimensiones de mi apartamento se acabó contagiando a la impresión que me causaba la ciudad. Ésa es para mí la principal sensación que tengo de Manhattan. Apenas he ido al cine y no recuerdo ninguna de las películas que pude ver antes de quedarme ciego, pero no me gusta estar en un lugar cerrado por espacio de dos o tres horas. En Marruecos, cuando iba al cine, muchas películas procedían de la India y se proyectaban con subtítulos en árabe, por lo que se me hacía imposible enterarme de qué iba la cosa. No he vuelto a probarlo desde que vine a Estados Unidos, en parte porque lo que he sabido acerca de las películas que se estrenan no me atrae lo más mínimo, y lo mismo le ocurre a mi hermano, que ve perfectamente: no me siento

atraído lo más mínimo por leer o *ver* algo que ni es ni puede ser verdad. No le encuentro el menor sentido a perder el tiempo atendiendo algo que es ficción y no puede ocurrir. Prefiero la música, especialmente Mozart, y la ópera. No se puede generalizar, porque conozco a ciegos a los que les encanta el rock, pero creo que preferimos la música suave, sin mucho metal. La música clásica me permite visualizar muchas cosas, desarrollar mi imaginación, me permite viajar mentalmente. También me gusta mucho la música árabe-andaluza, desarrollada en el sur de España cuando los árabes estuvieron allí, y que en muchos sentidos me parece similar a la música clásica. Cuando pienso en Nueva York enseguida me viene a la cabeza la música de los años cincuenta, especialmente las canciones de Frank Sinatra, que escuchaba en mis clases de inglés, y por esa razón ha quedado asociada para siempre en mi mente a la ciudad de Nueva York, aunque no sea precisamente la que más se escuche ahora. Aunque cuando caminas por la ciudad, la ciudad puede parecer una verdadera cacofonía, cuando pienso en Nueva York imagino una melodía. No puedo decir lo que veo cuando cojo el metro, pero sí siento que hay mucha gente que duerme allí, que come allí, y percibo el estrés en el ambiente, y la marginación a la que esta ciudad condena a mucha gente, las dificultades que muchas personas atraviesan aquí. No es que yo las padezca, porque vine a Nueva York con un claro propósito y una promesa de trabajo. Pero cuando me monto en el metro siento lo dura que puede llegar a ser esta ciudad para muchos, que llegan sin grandes perspectivas y con las manos desnudas. Aterrizan en Nueva York porque aquí es donde han acabado, donde el avión les trajo, y tienen que luchar a brazo partido por una habitación, por un trabajo. Yo no he tenido que pasar por eso. Desde el principio he tenido un sitio para vivir y un trabajo. Cuando bajo los escalones del metro siento todo eso: desde el hierro hasta las paredes, palpas el duro esqueleto de la ciudad, el hueso, y entras en contacto con seres muy diferentes a ti que se enfrentan a problemas muy

distintos de los tuyos, y sientes a través de lo que te llega de sus vidas qué terrible puede llegar a ser vivir aquí. Cuando vas a lugares como el Bronx, puedes notar con toda nitidez lo poco afectuosa y amable que puede llegar a ser esta ciudad, cómo de áspera puede llegar a ser Nueva York, especialmente para los negros, cómo de perdido puede llegar a sentirse alguien aquí. Eso te hace sentir piedad por mucha gente que vive aquí. Nueva York es un cóctel, una ciudad triste y alegre al mismo tiempo. Todo depende de dónde vivas y qué clase de vida lleves aquí, de quién seas. Cuando camino por el Village o por Columbia, o por el barrio de Kew Gardens, donde vivo, siento que la vida es buena, que la vida es fácil y sencilla. Pero, cuando andas por lugares como Flatbush o barrios negros, sientes el peso de la tristeza en el aire: es como si en el espacio de unas pocas calles pasaras de un mundo a otro completamente distinto.